

ÍNDICE

Prólogo	
<i>Rubén Chacón Beltrán</i>	IX

PRIMER PREMIO

Die Gäste	
<i>María Patricia Reguero Ríos</i>	1

ACCÉSIT

Tumbapotos	
<i>Javier Martínez González</i>	17

SELECCIONADOS PARA SU PUBLICACIÓN

Despertando en la playa	
<i>Teresa Álvarez Olías</i>	45

Submundo	
<i>Betty Llobera</i>	73

Una de romanos	
<i>Diego María Echévarri Taboada</i>	95

El regreso	
<i>Javier Rodríguez Pérez-Rasilla</i>	119

Encarna	
<i>María del Mar Serrano de los Santos. . .</i>	139
Guaugauguau	
<i>Manuel Visglerio Romero</i>	155

UNO

Solo guardo en mi casa dos cosas de mi abuelo: una fotografía y un sombrero. Yo, que almaceno libros en idiomas que no entiendo y acumulo camisetitas viejas, he negado conceder más espacio a su historia. Supongo que así debe ser cuando alguien muere: se vacían los armarios, se limpian los desvanes, se reparten los euros y las propiedades.

Mi abuelo Herminio ahora solo es eso en mi piso de 126 metros cuadrados sobre el que pesan aun 128.515,42 euros de

hipoteca: dos objetos ligeros acumulando polvo en mis estanterías Kallax del Ikea.

Ni rastro de todo lo demás, de todos los objetos que él trajo año tras año desde Hannover. No guardé ninguna de aquellas planchas rotas, ninguno de sus uniformes de color naranja con bandas reflectantes, ninguna de sus maletas. Quizá si hubiera sabido cuál de ellas agarró el 11 de mayo de 1966, quizá entonces, hubiera hecho sitio en el altillo de mi armario.

DOS

En el patio de la casa del pueblo hay dos montones. Uno de ellos, más que un montón es una montaña. Ahí están los jersey-citos de punto que nos hacían a mí, a mi hermano, a mis primos. Camisones sin estrenar de mi abuela. Pantalones de pana, pantalones estampados, pantalones rotos, pantalones nuevos, casi todos con algu-

na marca de humedad y de polilla. Toda la ropa está a punto de meterse en bolsas para ir al punto limpio y me parece injusto ese destino, como si las pertenencias de mis abuelos fueran suciedad.

Como si la memoria de los muertos fuera polvo y nosotras, mi prima, mis tías, mi madre y yo, una bayeta de microfibra.

Pero ahí voy media hora más tarde con todas esas bolsas. En Saldaña hay dos personas con furgonetas que abordan a los usuarios del punto limpio para darle otro rato de vida a sus cosas, pero yo se lo niego. Con nosotros o con nadie, pienso mientras tiro bolsas a los contenedores. Cinco, diez, doce, dieciocho.

Lo último que arrojo son las maletas. Busco antes algún rastro que delate a la que acompañó a mi abuelo en aquel tren que salió de León hace 53 años. Nada.

TRES

Los llaman “trabajadores invitados”, Gastarbeiter, pero es solo un eufemismo para referirse a ellos: pobres para proveer de mano de obra al mercado de trabajo alemán mientras los alemanes están ocupados en mejores trabajos. Les piden dos cosas: que no molesten y que tengan dientes. El Gobierno alemán no busca trabajadores en las zonas industriales donde empieza a existir organización sindical, donde la fuerza de trabajo sabe lo que es una relación laboral: nada de trabajadores del País Vasco, Cataluña o Madrid. Los reclutas alemanes buscan pobres en Galicia, León, Zamora. Eso no me lo cuenta mi abuelo. Él recuerda otras cosas, como el precio que alcanzaron sus horas después de cruzar la frontera: 2,97 marcos cada una. Trabajando ocho horas y cinco días a la semana, ganaría 118'8 marcos a la se-

mana, y tendría tiempo para hacer “otros trabajos” después del trabajo o los fines de semana.

El año en que volvió, mi abuelo valía 14,90 marcos/hora.

No sé cómo lo he conseguido pero ahí está, a mi lado, en la sala de espera del aeropuerto, a punto de coger el avión que aterrizará en Hannover a las 15:40h.

Mi abuelo viajó de León a Hannover 22 veces y presume de haber pasado por París un total de 44. Serán 46 con las dos escalas de este viaje. Tampoco esta vez verá la Torre Eiffel.

CUATRO

La capa de hielo de la Lange-Hop Strasse es más gruesa que la lasaña que hice en mi último cumpleaños para once personas. Me cuesta imaginar cómo se vive

así, entre ese hielo, pero el tranvía llega a su hora y la gente se dirige hacia la ciudad como si nada.

Me tapo las orejas con las manos mientras pienso en las de mi abuelo, al descubierto, con ese sombrero de fieltro marrón que deja al descubierto sus inusualmente pequeñas orejas.

Ahí está otra vez, a sus 86 años, otra vez invitado, esta vez por su amigo Klaus, que nos llama ceremoniosamente “die Gäste”, los invitados, y nos cede las mejores habitaciones mientras él se muda a las de la planta baja por unos días.

CINCO

Hay que lavar la sábanas después de que se vayan los invitados. Hay que cambiar las toallas. Hay que aspirar la alfombra. Supongo que eso harán en la casa